

La creación de recursos para educar en diversos contextos

Índice

[Tres características del universo electrónico y de Internet: la abundancia, la ubicuidad y la volatilidad del conocimiento](#)

[Cambios sustanciales desde el nacimiento de la red de Internet](#)

[La web](#)

[Reflexión sobre los retos educativos ante las nuevas formas de lectura](#)

[La evolución de la web de 1997 al 2010](#)

[La lectura digital en su contexto web. Información, conocimiento, sabiduría](#)

[Retos educativos \(inmigrantes y nativos digitales\). La nueva alfabetización](#)

Tres características del universo electrónico y de Internet: la abundancia, la ubicuidad y la volatilidad del conocimiento

En la descripción de la Red de redes se combinan tres características existentes en el mundo digital, pero que se acentúan aquí: la abundancia, la ubicuidad y la volatilidad del conocimiento. Cuando Internet nos permite acceder a contenidos electrónicos que ocupan poco espacio y se transmiten a la velocidad de la luz, nos damos cuenta de que tenemos acceso numéricamente a más conocimiento que el que podemos encontrar en una biblioteca nacional. Ese acceso es posible desde cualquier parte en la que uno tenga conexión; el conocimiento está alojado en un habitáculo etéreo e indefinido y podemos acceder a esa incorporeidad si hallamos el punto de entrada.

Por otra parte, y en la otra cara de la moneda, a medida que ese conocimiento es más fácil de alcanzar y de copiar, también es más fácil que se pierda. Es paradójico que según el conocimiento evoluciona en su forma de fijarse y de transmitirse,

retrocede en la de conservarse: los petroglifos prehistóricos y las tablillas con inscripciones cuneiformes de hace 5000 años sobreviven con perfecta legibilidad hoy; los pergaminos medievales tienen un soporte sólido; las obras de la época de la imprenta manual empleaban un papel libre de ácidos que se conserva hoy a la perfección; de las impresiones desde mediados del siglo XIX ya no se puede decir lo mismo. A medida que crece el volumen de contenido, sus soportes son cada vez más débiles.

¿Y qué podemos decir de los archivos informáticos? Primero, que se borran con la misma facilidad que se copian (no hace falta ni una buena hoguera para quemar hoy un libro); segundo, que se confeccionan con tecnologías y lenguajes que en una generación podrían no leerse (por ejemplo: ¿qué fue del videodisco interactivo, en uso hace dos décadas?); y tercero, que igual que están hoy disponibles en la Red, mañana pueden, en el mejor de los casos, cambiar de ubicación o directamente no existir. Una de las asignaturas pendientes de la Red es precisamente hallar la forma de mantener un archivo con su contenido.

Cambios sustanciales desde el nacimiento de la red de Internet

Estas tres características que he enumerado (abundancia, ubicuidad y volatilidad) prefiguran un cambio fundamental, que supone la capacidad de acceder a un mar de recursos diversos, los cuales trascienden el formato cerrado del libro tradicional y nos llevan al terreno de lo incorpóreo.

La web

En la Red nos encontramos numerosos cambios, que se han originado en especial al surgir el servicio denominado World Wide Web, o la web, para abreviar. El hito fundamental en esta carrera a la incorporeidad de la información es, sin duda, la llegada de la web. Esta ha permitido la integración de todos los servicios existentes en Internet a lo largo de su historia: en ella podemos leer archivos (lo más usual); pero podemos también subirlos y bajarlos, consultar grupos de noticias y participar en ellos, enviar y recibir mensajes electrónicos y muchas otras cosas para las cuales antes era necesario tener instalada una miríada de programas.

El hipertexto: la posibilidad de vincular cualquier pieza de información

La característica más llamativa de la web es el hipertexto: la posibilidad de vincular cualquier pieza de información. Cuando Tim Berners-Lee la inventó, buscó un esquema que reprodujera lo mejor posible los procesos de conexión de ideas de un cerebro humano, pues, como dice él: “la visión de la web que tuve fue la de cualquier cosa potencialmente conectada a cualquier cosa”, pues la función de una máquina es “llegar a un nivel máximo de potencia si puede programarse para relacionar información inconexa”¹. Para eso, es necesario una forma desestructurada: algo que permita que uno llegue a la información de mitad del libro sin tener que empezar a buscarla por la primera página, que era en realidad como se interactuaba antes con un ordenador.

El hipertexto, sobre el que ya habían teorizado Vannevar Bush (en su célebre artículo “As we may think”) y Ted Nelson, era lo más parecido a ese modo de conectar ideas. En los formatos analógicos podía “desestructurarse la lectura”; muchos recordamos esos libros de Timún Mas de “construye tu propia historia” o, sin ir más lejos, otros libros experimentales: desde los artificios poéticos visuales del barroco hasta los inventos del grupo Oulipo, pasando por *Rayuela* de Cortázar. Pero era algo aún muy lejano: una idea a la que la tecnología no había sido capaz todavía de dar forma.

Reflexión sobre los retos educativos ante las nuevas formas de lectura

Las consecuencias están ahí. Al asimilar la lectura al pensamiento, encontramos cambios entre los ámbitos antes cerrados y ahora abiertos, una desestructuración informativa y una consecuencia fundamental: la segmentación de las piezas de esa información.

Y aquí volvemos a otro ejemplo del antecedente analógico: las obras de referencia. Cada vez es menos concebible la existencia de un diccionario en papel cuando es mucho más sencilla la consulta, más fácil incrementar su contenido y más barato distribuirlo. Las obras de consulta despiezan y atomizan la información. Son el paradigma de la búsqueda concreta; de lo que uno necesita y halla de modo inmediato. Tienen una función necesaria. Pero con la llegada de la tecnología y la web, todo se va pareciendo más a una gigantesca obra de referencia.

¹ Berners-Lee, T.: *Tejiendo la Red*, prólogo de Javier Solá. Siglo XXI: Madrid, 2000.

Conectar ideas, que es lo que hace la web, cambia todo: lo que antes era analógico, continuo, ahora es digital, discreto; ya no hablamos de materias como el viento, el aire, la tierra o el fuego; ahora vamos directamente a los átomos. Viendo los átomos, no vamos a sentir el viento o contemplar las llamas; viendo los árboles, no vamos a ver el bosque. Y ello tiene las consecuencias de las que todos nos estamos dando cuenta. Es un nuevo panorama que tenemos que aprender a conocer y un entorno con el que hemos de interactuar.

La evolución de la web de 1997 al 2010

Hablamos de nuevas formas de lectura y nuevas formas de escritura. En estos momentos, esa web que servía en sus inicios para conectar ideas (y para que el lector las siguiera a su antojo, en recorridos por senderos que se bifurcan) también sirve para intercambiarlas. Es lo que algunos han visto como evolución desde una web consultiva (la llamada 1.0) a la participativa (la 2.0), en la que los usuarios no solo leen, sino que dialogan sobre lo leído (blogs comentados), aportan cambios (sistemas wikiwiki) y comparten con mucha mayor facilidad una multitud de productos textuales (audios, vídeos, fotos y textos).

Esta lectura dialógica es posible, en buena medida, gracias a la atomización. Conectar ideas mediante el hipertexto y compartirlas con la velocidad a la que la mente asimila la información. Muy representativo de esta web participativa y atomizada es Twitter: mensajes de 140 caracteres como puertas abiertas a contenidos infinitos, compartidos con absoluta inmediatez y configurados para posicionarse en forma de tendencias.

La web social se aproxima en cierta medida a una forma de memoria colectiva, y en ello también reside otro modo de lectura: desaparece la erudición en la medida en que delegamos en las máquinas esa memoria y esa capacidad de relacionar conceptos. El apoyo de las máquinas se convierte en esencial a la hora de elaborar un discurso, refrescar lecturas y buscar citas. Se revaloriza la copia frente al original (la copia en ese sentido, al tiempo que en el etimológico: “abundancia”). El nuevo valor de la copia acompaña ahora al de la reelaboración como rasgo esencial en las nuevas retóricas.

Si la web ha tenido en la percepción general dos etapas de crecimiento que se han denominado como versiones de programas informáticos (1.0 y 2.0), debemos estar seguros de que se cumplirá el viejo dicho de que no hay dos sin tres. Ya se habla de ello: de la web 3.0. ¿En qué consiste? Berners-Lee comentaba en 1999 que tenía un

